

Last But not Least: o cómo el traductor llegó al final y lo cambió todo

José Carlos Somoza

Como escritor, yo estaba acostumbrado a intentar que mis personajes cobraran vida, pero no lo estaba a que se negaran a morir. Y eso fue lo que me ocurrió con el personaje del Traductor en “La caverna de las ideas”.

Yo había escrito un primer borrador de mi novela, que se desarrollaba en la Atenas clásica, y la había imaginado como una novela de suspense, con un supuesto investigador de la época, Heracles Póntor, y una serie de asesinatos a resolver, sin más complicaciones. Pero al terminar ese borrador pensé que, si suponíamos que la historia que narraba había sido escrita en esos tiempos, necesitaría de un traductor para poder “leerla”, como me ocurre con cualquier otro texto griego. Cuando pensé esto, la figura (aún fantasmal, aún mínima) del Traductor nació dentro de mí.

Y nació con fuerza: quería “entrar” en el argumento, quería ser incluido fuera como fuese. Pero ¿qué pintaba un Traductor en una novela policíaca, por muy “histórica” que fuese? Me parecía que, si lo incluía, mi “maravillosa” historia iba a tomar un rumbo muy, muy extraño. Iba a convertirse en otra cosa. Quizá siguiera siendo una historia de suspense, e incluso era posible que siguiera gustándome, pero sería *otra clase de historia*, mucho más extraña de lo que me había propuesto en un principio, mucho más extraña que los argumentos de novela de suspense que había leído.

Como me daba algo de miedo incluir a ese “Traductor”, opté por anularlo, quitarlo de en medio, hacerlo desaparecer de mi cabeza. Ni siquiera me molesté en “bautizarlo”. No le puse ningún nombre, lo dejé vacío, lo llamé “el Traductor”. Quería que se disolviera, que regresara a ese limbo de mi fantasía del que procedía, y que lo hiciera pronto.

Pero el Traductor (sobre el que aún no había escrito ni una sola palabra) se negó a marcharse.

“No me voy”, me dijo. “Vas a tener que crearme e incluirme en tu *maravillosa* historia, porque yo no me voy”.

Aquella actitud, a decir verdad, me sorprendió. No estaba acostumbrado a que los personajes me discutieran antes de ponerlos sobre el papel. A mí me parecía que mi trama en la Atenas de Platón ya estaba bien creada: con Heracles Póntor, con Diágoras el filósofo, con todos los asesinatos que había y con el misterio que se ocultaba dentro. ¿Por qué molestarme en *rescribirla* por completo? ¿Por qué incluir a ese pesado del Traductor?

Le supliqué (no me pidan que les cuente cómo se le “suplica” a una criatura de la imaginación, pero eso fue lo que hice), le amenacé (tampoco me lo pidan), intenté imponer mi autoridad de creador. Todo fue inútil. El Traductor se negaba a desaparecer. Por más vueltas que le daba, por más miedo que sentía

a desbaratar la trama que había construido, allí se quedaba ese individuo sin nombre, aún sin aspecto físico, pero ya *real*, tan real como cualquiera de mis pensamientos (¡más real que muchos de ellos!), plantado dentro de mí, mirándome impertérrito y diciéndome que “no se iba”. Que, o lo incluía a él en “La caverna de las ideas”, o no habría “Caverna de las ideas”. La elección era mía.

Tuve que incluirlo. Para lograr que su presencia fuera “cómoda” se me ocurrió inventar la “eidesis”: palabras dentro del texto que conforman un mensaje secreto, palabras que sólo el Traductor percibiría. Tal como yo había supuesto, la historia cambió radicalmente, se transformó en otra cosa.

Ahí se quedó, y toda la novela se organizó a su alrededor como se organiza una bola de nieve alrededor de una piedra que rueda. Heracles Póntor y sus compañeros (que ya estaban creados) tuvieron que amoldarse al recién llegado. No fue “incluir al Traductor en la novela”: fue, más bien, “incluir la novela en él”, volver a crearla, partir de cero.

Lo mimé, pese a que había venido al final, como se hace a veces cuando viene al mundo el benjamín de una familia ya numerosa, ya repleta: el menos esperado, la más débil de las criaturas y, aún así, la más importante. *Last but not least*.

Fue la primera vez en mi vida que uno de mis personajes quiere sobrevivir en contra de mi opinión, y lo logra.